



Balada de la siembra y de la nieve

Por LOPE MATEO

Noviembre es el abuelo de la primavera. El dorado grano que se balanceó en la espiga y pasó por la tolva y se encerró en las trojes ha vuelto al seno de la tierra madre, donde morirá para dar vida a un nuevo ser. Noviembre sembrador lanza al surco el gozo de mañana. El símbolo del trigo enterrado y muerto para sobrevivirse se enarbola dentro de nosotros como una caritativa lección de esperanza. Esperanza y amor que caen sobre el campo con el gesto pastoral, benediciente, de la mano que siembra la besana.

Gabriel y Galán, poeta silvano y dulce, con musa oliente a tomillar y a espigas, nos dejó esta bucólica visión de las aradas:

*Estoy en el repecho
presidiendo mi hermosa sementera.
Todo lo escucho con avaro oído:
el blando hundirse de las anchas rejas,
el suave rodar hacia los lados
de la mullida tierra,
el alentar pujante de los bueyes,
de cuyos bezos charolados cuelgan
tenues hilos de baba transparente
que el manso andar no quiebra...*

*

He aquí el noviembre prometedor y generoso en su aspereza, que no ven nunca los hombres de la ciudad. Que no vemos nunca, porque nuestros ojos nictálopes se han hecho demasiado a los crepúsculos aprisionados en el cemento; y nuestros oídos, a la estridencia monocorde del motor. Y nuestra alma... ¿Pero es que puede volar un alma lejos del amoroso y maternal reclamo de la Naturaleza?

Por eso, con intento de evasión, mientras pretendemos apresar el campo en este carro de heno que acaso pasa traqueteando bajo nuestros balcones, hemos abierto un extraño libro, un viejo libro que duerme en un rincón de nuestra biblioteca. En él se anuncian y aconsejan las labores campesinas de cada mes, al pie de un rudimentario y alegórico grabado en boj. He aquí, sin que nos mienta el libro, las «Obras de noviembre, según Abencenit»:

«En este mes se suelen arar los campos y tierras que llevan malas yerbas para que se pierdan y no nazcan, y limpiar los árboles de los resacos y estercolarlos, y asimismo las viñas, las cuales se pueden muy bien plantar en las tierras secas y calientes, tumbar de cabeza, echar mugrones y poner ajos. En la menguante de este mes y del que viene es tiempo muy apto para hacer cecinas y cortar madera para obras. Si en este mes se oyese los primeros truenos, significan falta de ganado ovejuno, abundancia de trigo, centeno, y alegría en los hombres. Caerán las primeras nieves...»

¿Qué más? El libro, en su ingenuidad, no deja de rezumar empaque científico. Como que habla, eso es, como un libro. Lo escribió un famoso astrólogo. Llamábase Jerónimo Cortés, bastante circunspecto en sus cálculos y barruntos. Eso, al menos, oí de boca de un labriego de la paramera leonesa, que me lo regaló juntamente con unos buenos tragos de rutilante vino.

—Este libro—díjome—es, con perdón del señor cura (que también asistía), el misal de los campos. A mí ya no me hace falta; me lo sé de memoria.

Hoy he sacado de mis plúteos este anciano mentor de las